
4. ESPARTA, ENTRE EL NAUFRAGIO HEGEMÓNICO Y EL OCASO DEL ORDEN LICURGUEO

*César Fornis*¹

En 379 la hegemonía de los lacedemonios en la Hélade, según Jenofonte (*Hell.* 5.3.27), estaba sólidamente asentada, pero apenas ocho años después, en Leuctra, los tebanos les despojaron de la misma. En 362 la segunda batalla de Mantinea significó el principio del fin para Esparta tras una década en que los lacedemonios lucharon por contestar la primacía tebana. Desde entonces el declive espartano en el mapa geopolítico heleno fue lento pero continuo e imparable, corriendo en paralelo, en el orden interno, al progresivo desmantelamiento del *kósmos* licurgueo y a las crecientes desigualdades socioeconómicas en el seno de una comunidad espartiatá cada vez más minoritaria.² No en vano los antiguos dieron una interpretación ético-social al fracaso del imperialismo espartano, atribuyéndolo a la corrupción de sus antaño virtuosas costumbres y leyes. Así lo había vaticinado un oráculo délfico que decía que «Nada sino la avaricia causaría la ruina de Esparta» (Arist. fr. 544 Rose; Diod. Sic. 7.12.8; Cic. *Off.* 2.77). Precisamente por esa razón, ya desde Platón la teorización política hizo del ordenamiento licurgueo el mejor ejemplo de ἀρίστη πολιτεία, de «ordenamiento constitucional óptimo», y de los ἐπιτηδεύματα o costumbres de los espartiatas aquellas virtuosas y modélicas para los ciudadanos;³ la combinación de ambas les había asegurado una hegemonía legítima en la Hélade, una hegemonía continental que no sólo era política y militar, sino también moral, pero que luego se habría pervertido con la adición de una hegemonía naval que abrió la puerta a la adquisición de riquezas.

1. Departamento de Historia Antigua. Universidad de Sevilla. Este trabajo se inscribe en el marco de los proyectos de investigación PID2020-112558GB-I00 y US-1380257.

2. Los problemas internos de Esparta en las cuatro décadas que median entre los desastres de Leuctra (371) y Megalópolis (330) están bien sintetizados en F. Landucci, 2004.

3. Sobre esta cuestión, véase ahora C. Fornis, 2019.

Durante el período de vigencia del llamado «segundo imperio espartano», el esfuerzo bélico continuado obligó a la minoritaria y exclusivista elite dirigente de los *hómoioi*, los espartiatas de pleno derecho, a exprimir al máximo y por encima de sus posibilidades los recursos humanos a su disposición. Por un lado, incluso siendo el paradigma de *pólis* hoplítica, de ciudadanos propietarios entregados a la defensa del Estado, Esparta fue la primera en utilizar mercenarios a gran escala en el mundo griego.⁴ Por otro, recurrió a la explotación militar de sus distintas clases dependientes.⁵ Aunque marginados del cuerpo cívico, estos dependientes pudieron beneficiarse en principio de las posibilidades generadas por los tentáculos del imperio en distintas áreas geoestratégicas, pero cuando éste se extinguió vieron cercenadas sus opciones de subsistencia en el exterior y, consecuentemente, pasaron a formar parte permanente de una masa social empobrecida y reivindicativa, generando un incremento de la tensión para la que anteriormente el servicio en armas en el exterior constituía una válvula de escape. La contribución de los mercenarios y de los dependientes será instrumental para sostener durante un tiempo el diseño imperial, pero fue sólo una solución parcial que no evitó el colapso de la *arché* lacedemonia. Por encima de la pertinaz renuencia espartana a adoptar cambios tácticos, la debacle frente a los tebanos en la batalla de Leuctra⁶ pondría en evidencia la fragilidad de las costuras que habían hilvanado este imperio que alcanzaba teatros bélicos cada vez más lejanos y había tensado, o directamente alienado, la lealtad de sus viejos aliados. Aristóteles (*Pol.* 1270a) ya puso la derrota en estrecha relación con la *oliganthropía*, la escasez de ciudadanos-soldados; difícilmente podemos expresar dudas acerca de la importancia, social y militar mucho más que demográfica, de un fenómeno endémico y de raíces complejas,⁷ máxime cuando sabemos que las graves bajas en Leuctra, donde perdieron la vida cuatrocientos de los setecientos espartiatas combatientes (*Xen. Hell.* 6.4.15) —lo que supone aproximadamente un tercio de los ciudadanos de pleno derecho—, evitaron la aplicación de la rigurosa ley que privaba de la ciudadanía plena a los supervivientes, los llamados *τρήσαντες* o «temblorosos». Agesilao propuso «dejar que la ley durmiera ese día» (*Plut. Ages.* 30.6).

Las consecuencias de la batalla no se hicieron esperar. Convocada por los atenienses a finales de ese verano, una renovación más de la Paz del Rey no

4. Sobre este punto, véase ahora C. Fornis, 2021, que recoge la bibliografía anterior.

5. R. F. Willetts, 1954; D. Lotze, 1959, pp. 42-44; K.-W. Welwei, 1974, pp. 142-158; T. Alfieri Tonini, 1975; U. Cozzoli, 1978, pp. 221-224; G. G. Bruni, 1979, pp. 26-28; P. Carlier, 1994 y 1996; C. Hawkins, 2011.

6. «El día más negro de Esparta», como titula su trabajo J. Pascual, 2012.

7. Sobre este tema tenemos el recentísimo estudio de T. Doran (2018), que además revisa las distintas interpretaciones historiográficas modernas.

tendrá efectividad alguna, máxime cuando se verifica la impotencia de Esparta para obligar a todos sus aliados a jurarla (Xen. *Hell.* 6.5.1-3). El mundo griego, y en especial las ciudades del Peloponeso, se ven arrastradas a un período de convulsión e inestabilidad caracterizado por *stáseis* que enfrentan a las clases acomodadas con los estratos más bajos de la población: Corinto, Mégara, Sición, Fliunte, Tegea, Figalia, Mantinea y, sobre todo, Argos, donde en el famoso *σκυταλισμός* del año 370 entre mil doscientos y mil quinientos ciudadanos prominentes sucumbieron «a bastonazos» a manos de una multitud azuzada por los demagogos. En otras palabras, a la derrota de Esparta sucede, sin solución de continuidad, la expulsión o ejecución de laconizantes en numerosos lugares del Peloponeso, lo que se traduce a su vez en una defección generalizada de Estados aliados e incluso de muchos periecos que habitan en las fronteras del norte de Laconia y al este del Pamiso (Aen. *Tact.* 11.7-10; Diod. Sic. 15.40.1-5; 15.57.3-58.4; Isoc. 5.52; 6.64-69; Dem. 18.18; Polyb. 4.27.5-7).

Mientras la Liga del Peloponeso se deshace paulatinamente, nacen nuevas alianzas, como por ejemplo la Liga Arcadia, que bajo una organización democrática está vigente ya en 370. Después de llevar a cabo la reunificación política y dotarse de instituciones democráticas moderadas y de murallas, los mantineos apoyan decisivamente a la facción demócrata fliasia en su lucha contra los oligarcas filolaconios (Xen. *Hell.* 6.5.3-22; Diod. Sic. 15.59.1-4). Para evitar encarar en solitario a los espartanos, los arcadios, excepto los orcomenios, conciertan ese mismo año alianzas de marcada tendencia antilaconia con Argos y Élide, pero fracasan en obtener la de Atenas, lo que les arrojará en brazos de los beocios; éstos, que habían extendido ya su control a toda Grecia central (Fócide, ambas Lócrides, Acarnania, Etolia, Eubea), no se sustraerán a la oportunidad de interferir en los asuntos peloponésicos (Diod. Sic. 15.62.3-4).

De esta forma, en el invierno de 370/69, el cuerpo cívico espartiatas observará con estupor e impotencia cómo su territorio, Laconia, el hasta entonces incólume núcleo del imperio, era invadido y devastado por Epaminondas a la cabeza de un formidable ejército compuesto de unos cuarenta mil hoplitas y treinta mil infantes ligeros (Plut. *Ages.* 31.1-2; Diod. Sic. 15.62.5 habla genéricamente de cincuenta mil hombres). Las dudas iniciales del beotarco por las dificultades que presentaba la invasión se disiparon ante las excelentes perspectivas de triunfo que le auguraban arcadios, eleos, argivos y, sobre todo, una delegación de periecos laconios que prometía una revuelta generalizada, añadiendo que de hecho ya estaban rehusando las órdenes espartiatas de organizar la defensa. La desesperación, el miedo y la confusión iban en aumento dentro de Esparta a medida que el enemigo se acercaba a la ciudad misma, que, cabe recordar, estaba sin fortificar. Pero los tebanos, que a la altura de Amiclas cruzaron con dificultades un Eurotas crecido por las lluvias y nieves invernales, pasaron de largo y se contentaron con saquear Amiclas y

pequeñas aldeas de la rica llanura de Helos, para atacar finalmente, con ayuda de periecos laconios,⁸ el puerto y arsenal de Gitio durante tres días (Xen. *Hell.* 6.5.22-32 y *Ages.* 2.24; según Polyæn. *Strat.* 2.9, los tebanos llegaron a instalar una guarnición en Gitio tras Leuctra, implicando que el puerto fue tomado). Después Epaminondas cruzó el Taigeto y entró en Mesenia como su liberador.⁹

La gravedad de la situación había llevado a los espartanos a prometer la libertad a los hilotas laconios que colaboraran en la defensa. Se presentaron seis mil, toda una demostración de lealtad en un grupo de población sujeto a la servidumbre y la explotación, si bien en un principio los espartanos sopearon los inconvenientes de armar a tan elevado número, hasta que la llegada de los aliados peloponésicos y de los mercenarios les dio mayor tranquilidad (Xen. *Hell.* 6.5.28-29; Diod. Sic. 15.65.6 habla de sólo un millar de hilotas liberados). Parece, pues, que los hilotas laconios no se sublevaron de forma masiva en este momento crítico para los espartanos, posiblemente debido a la ausencia de ese sentimiento «nacionalista» o identitario que caracterizaba a los hilotas mesenios, pero quizá porque tampoco tuvieran claro que huir al bando tebano les garantizara la libertad. Pero junto a esta aparente lealtad no puede desdeñarse un importante y provechoso factor, el del adoctrinamiento y la interiorización de su condición, prueba de lo cual sería la anécdota de Plutarco (*Lyc.* 28.10) en la que Epaminondas se ve incapaz de que los hilotas laconios canten versos de Terpandro, Alcmán y Esendonte, simplemente porque sus amos espartiatas se lo tenían prohibido. La respuesta de este estrato social a la invasión no fue, en cualquier caso, unánime.¹⁰

En cuanto a los periecos, muchos permanecieron pasivos, otros fueron aún más lejos y desertaron para sumarse a las fuerzas invasoras (Plut. *Ages.* 32.12; cf. Xen. *Hell.* 6.5.32; 7.2.2), sobre todo en los confines septentrionales de Laconia —presumiblemente la Escirítide, la Cariátide y la Belminátide, donde la población era de origen arcadio y, por tanto, afín étnicamente a parte de los invasores—,¹¹ pero es también cierto que la mayoría colaboraron en la resistencia, no sólo porque en general hubieran asimilado los valores de la clase dirigente de los *hómoioi*, sino también porque al fin y al cabo sus casas y tierras estaban entre las quemadas y saqueadas por el enemigo.

8. No es seguro, pero sí muy plausible, el estatuto de perieco del Timeas, hijo de Quirícrates, cuyo evergetismo es recompensado con la proxenia beocia en la década del 360 (cf. E. Mackil, 2008).

9. Los detalles de la campaña entera en J. Buckler, 1980, pp. 70-90. Sobre la creación del Estado y de la identidad de los mesenios, véase N. Luraghi, 2008, pp. 209-248.

10. N. Luraghi, 2008, pp. 225-226.

11. E. Lévy, 2003, p. 158.

Quienes obviamente se levantaron en masa apenas Epaminondas puso un pie en Laconia fueron los hilotas mesenios que poblaban el valle del Pamiso, que veían llegada la oportunidad de acabar con tres siglos de opresión. El general tebano sancionará esta recobrada independencia del pueblo mesenio con la fundación de la *pólis* de Mesene, en la falda occidental del monte Ito-me y rodeada por un impresionante circuito de murallas de nueve kilómetros que aprovechaba el relieve, adonde acudieron mesenios exiliados de todos los lugares de Grecia en busca de ciudadanía y tierras (Diod. Sic. 15.66.1; Plut. *Pel.* 24.9 y *Ages.* 34.1; Paus. 4.26.4-27.9).¹²

Las consecuencias de la pérdida de Mesenia fueron traumáticas para Esparta. La privación de más de un tercio de su territorio —todo el sur del Peloponeso al oeste del Taigeto— y de la mayoría de sus hilotas significó un durísimo golpe al sistema de explotación económica de naturaleza esclavista por el cual el trabajo hilotas garantizaba el sostenimiento de la elite social del Estado lacedemonio. Pero el hilotismo no dejó de existir (Str. 8.5.4 implica que la *εἰλωτεία* como sistema se prolongó «hasta el establecimiento de la dominación romana»),¹³ por más que se circunscribe a partir de ahora a tierras laconias y a hilotas laconios, mucho menos numerosos que los mesenios.¹⁴ A no ser que poseyeran predios en Laconia, los *hómoioi* que tenían sus parcelas en Mesenia se veían, pues, despojados de su medio de subsistencia, caían en la miseria y, por último, perdían los derechos de ciudadanía, pasando a la condición de *ὑπομείονες*, «inferiores».

La agitación social se extendió a estos *ὑπομείονες*, si como parece son ellos a los que Plutarco se refiere con la expresión *ὑπουλοὶ καὶ πονηροί*, «traicioneros y malvados»,¹⁵ que en número aproximado de doscientos se rebelaron e hicieron fuertes en una colina durante la organización de la defensa de la ciudad, pero una treta de Agesilao desbarató su plan; en lugar de atacarlos, con el consiguiente riesgo de extender la sublevación, el rey se dirigió a ellos a gritos como si hubiesen malinterpretado sus órdenes, diciéndoles que no se tenían que concentrar en ese lugar, sino unos acá y otros allá, haciéndoles confiar en que su movimiento no había sido descubierto y dispersándolos; por la noche, con las aguas ya más tranquilas, Agesilao ordenó arrestar y ejecutar a los quince cabecillas (Plut. *Ages.* 32.6-9; Polyæn. *Strat.* 2.1.14; en una versión algo diferente que minimiza la naturaleza subversiva del inci-

12. Jenofonte abusa de su celo filolaconio y omite tan penoso acontecimiento para Esparta, aunque se infiere de pasajes posteriores de su relato.

13. Str. 8.5.4: *σχεδὸν δέ τι καὶ τὴν εἰλωτείαν τὴν ὕστερον συμμείνασαν μέχρι τῆς Ῥωμαίων ἐπικρατείας οἱ περὶ Ἄγιν εἰσὶν οἱ καταδείξαντες.*

14. Véase sobre todo B. Shimron, 1966 y N. Kennell, 2003.

15. Plut. *Ages.* 32.5. Así E. David, 1980, pp. 304-306; F. Landucci, 2004, pp. 172-173.

dente, Nep. *Ages.* 6.2-3 habla de jóvenes asustados que intentaban pasarse al enemigo).

Ni siquiera la clase dirigente de los *hómoioi* se vio libre de conspiraciones nacidas al cobijo de la presencia tebana a las puertas de la ciudad. Según Plutarco (*Ages.* 32.9-10), nuestra única fuente, a los oídos de Agesilao llegó el rumor de que un grupo de espartiatas se reunía en secreto en una casa; tras consultar con los éforos, el rey ordenó la condena a muerte de todos los implicados sin juicio previo, una medida sin precedentes entre los «iguales». Con mayor razón que en la famosa conjura de Cinadón a comienzos de siglo¹⁶ —puesto que aquí las escuetas y tardías noticias de Plutarco, Nepote y Polieno suplantán al testimonio capital de Jenofonte en aquél—, resulta ocioso elucubrar sobre qué motivación animaba a los conjurados o cuáles eran sus desig-nios de haber culminado la empresa.¹⁷

Un mecanismo más destinado a frenar cualquier atisbo de renacimiento imperialista en Esparta será la fundación *ex novo* de la ciudad de Megalópolis (Xen. *Hell.* 7.1.28-32; Diod. Sic. 15.72.4; Paus. 8.27.8), en el valle del Alfeo, al suroeste de la llanura arcadia y muy cerca de Itome, que rápidamente crecerá en población e importancia hasta convertirse en la capital del Estado federal arcadio. No deja de ser sintomático que entre las más de cuarenta comunidades dependientes de Megalópolis figuren algunas antiguas aldeas periecas de Laconia. Además de cercenarles territorios, Megalópolis cerraba las rutas de comunicación de Laconia con Mesenia y Élide, confinando a los espartiatas en el sur del Peloponeso.¹⁸ Epaminondas había cambiado por completo la fisonomía política de la península.¹⁹

En la década que medió entre las batallas de Leuctra y Mantinea, Esparta a duras penas fue capaz de resistir y desafiar el embate tebano, en medio de un Peloponeso presa de convulsiones y continuos cambios de alineamiento.²⁰ Con los tebanos ya de vuelta en su patria, los arcadios prosiguieron la demos-

16. Sobre esta conjura, que implicó a ὑπομείονες y otros grupos situados en los «aledaños» del cuerpo cívico, pero no a los hilotas, véase C. Fornis, 2007b.

17. Por ejemplo, P. Cartledge, 1987, p. 385 relaciona el complot con un hipotético malestar entre los ciudadanos por el reciente alistamiento de hilotas en el ejército en calidad de hoplitas. Pese al potencial peligro para el orden establecido proveniente de estas amenazas internas, M. A. Flower, 1991, p. 88 ha subrayado la aparente facilidad con que ambos intentos de sedición fueron sofocados.

18. D. Stewart, 2018, p. 381.

19. J. Christien, 1998, pp. 434-445.

20. I. Kralli, 2017, pp. 1-47 ofrece una reciente y completa visión general del Peloponeso en este decenio. Cf. también J. Christien, 1998, pp. 446-448; J. Roy, 2018, pp. 367-370; G. Shipley, 2018, pp. 35-40; para la primera década de existencia del Estado mesenio: C. Grandjean, 2003, pp. 65-67.

tración de fuerza con dos incursiones más en territorio laconio. Primero Licomedes de Mantinea, al frente del cuerpo de elite de los cinco mil *ἐπάρτιοι*, tomó la ciudad perieca de Pelana, mató a la guarnición lacedemonia que la defendía, unos trescientos hombres, y asoló la comarca. La misma suerte corrió Asine poco después (Xen. *Hell.* 7.1.25; Diod. Sic. 15.67.2). En 368, en medio de las campañas de Epaminondas en el istmo de Corinto y Acaya, Arquidamo, hijo de Agesilao, alcanza una victoria, moral más que estratégica, sobre un ejército argivo y arcadio que le cerró el camino de regreso a Esparta desde Arcadia; los antiguos la conocieron como «la batalla sin lágrimas», en razón de que, no habiendo muertos lacedemonios por los que llorar, Agesilao, los éforos y los ancianos rompieron a hacerlo cuando el heraldo les anunció la noticia (Xen. *Hell.* 7.1.28-32).

Desde 367 el intento de los tebanos por renovar la Paz del Rey en provecho propio les enajenó la amistad de los arcadios; poco antes de ser asesinado, Licomedes propicia un giro político dentro de la Liga Arcadia, que buscará el acercamiento a los atenienses. De este modo, en 366 Jenofonte (*Hell.* 7.4.2-3) hace notar la paradoja de que Atenas mantenga al mismo tiempo alianzas con los espartanos y con los enemigos de éstos, los arcadios. Al año siguiente, una Corinto exhausta por el conflicto contra Tebas y por la *stásis* interna solicitará y obtendrá de Esparta el permiso para pactar de forma unilateral con Tebas su salida de la guerra, un ejemplo que seguirán inmediatamente Epidauro, Fliunte y otros Estados. Como mal menor para Esparta, todos ellos rechazaron la propuesta tebana de alianza (Xen. *Hell.* 7.4.6-11). Con estas defecciones el proceso de desintegración de la Liga del Peloponeso alcanza su cenit y sólo los aqueos mantienen su fidelidad a Esparta, si bien es verdad que ese mismo año ésta recuperará la amistad de los eleos, que rompen con la Liga Arcadia tras reavivar su disputa por la posesión de la Trifilia, y tres años después la de los mantineos, consecuencia en este caso del agudo conflicto interno entre demócratas y oligarcas que padece la Liga Arcadia (Xen. *Hell.* 7.4.19 y 5.3).

Mientras tanto, la lucha seguía en Laconia y Mesenia, con suerte dispar para los espartanos, que recuperan o pierden el control de diversas comunidades periecas (Xen. *Hell.* 7.4.12 y 5.9; Diod. Sic. 15.77.4). Así las cosas, una nueva intervención de Epaminondas en Arcadia en el verano de 362 hará confluir en la llanura de Mantinea a las dos coaliciones antagónicas: la una, integrada por lacedemonios, atenienses, aqueos, eleos y mantineos, suma del orden de veinte mil hoplitas más dos mil caballeros; la otra, conformada por los tebanos y sus aliados de Grecia central, mesenios, argivos, tegeatas y megalopolitanos, alcanza los treinta mil hoplitas y más de tres mil caballeros. La batalla se desarrolló según las mismas coordinadas tácticas dibujadas por los tebanos en Leuctra. Cuando el choque transcurría de manera muy favorable

para ellos, que habían roto la formación enemiga, la muerte de Epaminondas –atribuida por Plutarco (*Ages.* 35.1) al espartano Antícrates, pero por Pausanias (8.11.6) al ateniense Grilo, hijo del historiador Jenofonte– sembró el desconcierto entre sus filas, lo que no sólo les hurtó el beneficio de la victoria, sino que casi la puso en peligro.²¹ Con esta nada concluyente segunda batalla de Mantinea, que dejó una Hélade «con más desorden y confusión que antes», Jenofonte puso punto final a sus *Helénicas* (7.5.4-27), criterio que compartieron otros historiadores, como los beocios Anaxis y Dionisodoro, Anaxímenes de Lámpsaco o Éforo de Cime en cuanto a su historia tebana.²²

Ese mismo año 362 se acuerda una nueva κοινή ειρήνη o «paz común», la primera sin el arbitraje persa –el Gran Rey afronta en esos momentos la grave revuelta de los sátrapas–, que garantizaba la *autonomía* para todos los Estados griegos, pero que Esparta se niega a jurar en la medida en que supone un reconocimiento formal del Estado mesenio (Diod. Sic. 15.89.1-2; Polyb. 4.33.8-9). Tal decisión determinará su aislamiento en el Peloponeso. A un nivel más global, la incesante lucha por la hegemonía había arrasado el continente griego y había extenuado a todos los Estados que habían participado de una u otra manera en la misma. Este fin de época coincide en Esparta con la muerte de Agesilao II, sucedido hacia 360 en el trono euripóntida por su hijo Arquidamo III. El octogenario diarca había pasado sus últimos años poniendo su espada al servicio primero del sátrapa rebelde Ariobarzanes y luego del rey egipcio Taco (ca. 361-359), como un mercenario de lujo. Frecuentemente los historiadores modernos aplican el término *condottiero* al describir el papel de Agesilao en estas últimas campañas, aun cuando las fuentes antiguas consideran que cumplía una misión oficial y niegan toda finalidad de lucro personal en aras de destacar la labor de recaudar fondos con que pagar a los mercenarios que Esparta necesitaba para proseguir su lucha individual y desesperada por recuperar Mesenia (Diod. Sic. 15.91.1-93.6; Xen. *Ages.* 2.26-31; Nep. *Ages.* 8; para Plut. *Ages.* 36-40, el rey echó a perder su reputación al ponerse al servicio de bárbaros).²³

En los años siguientes a la batalla de Mantinea el Peloponeso continúa dividido, con sucesivas e infructuosas tentativas de Esparta por recuperar territorios perdidos y restablecer su *prostasia* de cara a sus enemigos.²⁴ Pero el destino de la península, como el de toda la Hélade, sería decidido muy al

21. Sobre la batalla, véase J. K. Anderson, 1970, pp. 221-224 y C. D. Hamilton, 1991, pp. 245-251.

22. G. S. Shrimpton, 1971, p. 311 n. 10, pp. 316-317.

23. Para el Agesilao mercenario, consúltese P. A. Cartledge, 1987, esp. pp. 325-329; M. Bettalli, 2013, pp. 165-169; J. Rop, 2019, pp. 108-115.

24. I. Kralli, 2017, pp. 49-51.

norte, en la lejana Macedonia, donde en 359 sube al trono Filipo II.²⁵ El monarca argéada dará un gran paso en sus ambiciones con el triunfo en la llamada Tercera Guerra Sagrada (356-346), una contienda de dimensiones casi panhelénicas²⁶ en la que, con pocos años respecto a Jenofonte, otros historiadores –Calístenes, Éforo de nuevo, Díilo– vieron el principio de una nueva época (Diod. Sic. 14.117.8; 16.14.4). Los motivos de los espartanos para participar en ella se relacionan con la política tebana. Por una parte, Esparta quería resarcirse de la afrenta infligida por Tebas cuando, aprovechando su supremacía en Grecia central, coaccionó a la Anficciónía délfica para que en una sesión de la *Pylaia* se le impusiera la desorbitada multa de quinientos talentos por la toma de la Cadmea tebana en 382,²⁷ que los espartanos no se molestaron en pagar (Diod. Sic. 16.23.2; 16.29.2); por otra, alentar un conflicto en Grecia central era la mejor manera de mantener a los tebanos ocupados lejos del Peloponeso.²⁸ Así que, cuando en 356 los tebanos volvieron a presionar al Consejo de la Anficciónía para que doblara la cuantía de la sanción a Esparta y adoptara otras represalias contra Fócide por haber cultivado supuestamente territorio sagrado en Cirra (Diod. Sic. 16.23.3; 16.29.3; Just. *Epit.* 8.1.4; según Paus. 10.2.1 pudieron ser los tesalios y no los tebanos quienes presionaron a los anfíctiones),²⁹ el líder focidio Filomelo visitó Esparta y consiguió de su antigua aliada, personificada en la figura del rey Arquidamo III, la cantidad de quince talentos para la contratación de mercenarios, además de la promesa de una futura cooperación abierta; las fuentes lo refieren como una iniciativa personal e incluso secreta del diarca euripóntida (Diod.

25. Para un análisis actual de las conflictivas relaciones entre Macedonia y Esparta en los siglos IV y III, en los que la primera se consolida como potencia mientras la segunda pierde paulatinamente tal condición, véase S. Giannopoulos, 2011.

26. Un relato actualizado y pormenorizado de la Tercera Guerra Sagrada en J. Buckler, 1989; cf. también J. McInerney, 1999, pp. 205-226 para la perspectiva focidia.

27. I. Worthington, 2014, p. 47 supone que se castigaba también el posible expolio de los santuarios, aunque F. Lefèvre, 1998, p. 242 considera que más bien era el hecho de que la incursión de Fébidas se había producido durante la tregua pítica y la celebración de las Tesmoforias; P. Sánchez, 2001, p. 181 con n. 147, no está seguro de que la Anficciónía tuviera competencia para sancionar una acción acaecida un cuarto de siglo atrás (Diodoro, no obstante, no precisa la cronología, que pudo ser en cualquier momento después de Leuctra).

28. P. A. Cartledge y A. Spawforth, 1989, p. 10. Sobre las causas del estallido del conflicto, véase J. Buckler, 1985, que reconoce no encontrar una explicación sólida o convincente para la agresividad tebana con una Esparta un tanto pusilánime desde 362 (tan solo la de buscar su expulsión del Consejo anfíctónico, aunque opina que «this diplomatic prize seems rather small», p. 244).

29. Sobre la naturaleza y gestión de los procesos contra focidios y lacedemonios en el seno de la Anficciónía, cf. P. Sánchez, 2001, pp. 176-185, que da bastante credibilidad (contra J. Buckler, 1985, p. 243, por ejemplo) a la idea de que los tesalios y no los tebanos fueron quienes apoyaron la acusación junto a los delfios.

Sic. 16.24.1-3 y 63.1; Theopomp. *FGrH* 115 F312, *apud* Paus. 3.10.3, habla incluso de soborno de Filomelo al rey y a su esposa Dinica utilizando el dinero sagrado), quizá llevadas del carisma y del enorme poder político que habían ostentado los reyes euripóntidas del siglo IV, frente al nulo protagonismo en cambio que tuvo su homólogo agiada Cleómenes II, de cuyas seis décadas de reinado (370-309) ignoramos prácticamente todo.⁵⁰

Así lo ha considerado también parte de la historiografía moderna,⁵¹ aunque, como parecen probar futuros acontecimientos, es impensable que *apélla*, *gérontes* y éforos no hubieran estado al corriente del asunto (cosa distinta es que Arquidamo sacara el dinero de su propio patrimonio, dadas las maltrechas arcas lacedemonias).⁵² Cabe recordar que Arquidamo era un rey con experiencia y con cierto prestigio militar, al menos el suficiente como para ser el destinatario de una carta de Isócrates —la novena, datada precisamente en 356, aunque de autenticidad discutida—, en la que le anima a realizar hazañas panhelénicas (Isoc. *Ep.* 9.17-19).⁵³ En cualquier caso, la ayuda espartana a los focidios resulta calculada, sin los riesgos ni el esfuerzo de una intervención directa, como explica el propio Diodoro (16.29.4). En otoño de ese mismo año Filomelo iniciaba oficialmente el conflicto al apoderarse del santuario de Delfos, donde derribó las estelas en las que se habían inscrito las sanciones a focidios y espartanos y asesinó a los Trácidas, la familia sacerdotal délfica que había cooperado con los tebanos (Diod. Sic. 16.24.3-5; Just. *Epit.* 8.1.8); según Pausanias (3.10.4), sólo la intercesión de Arquidamo evitó que matara a los jóvenes delfios, esclavizara a mujeres y niños y asolara la ciudad hasta los cielos.

Pese a que, lo mismo que Atenas, Esparta concertó de hecho una alianza con Fócide (Diod. Sic. 16.27.5), de la que Diodoro culpa de nuevo a Arquidamo (16.63.1), su participación en la Tercera Guerra Sagrada no será en absoluto significativa. Con todo, mil lacedemonios —presumiblemente periecos en su mayoría (Arist. *Pol.* 1270a asegura que quedaban menos de un millar de espartiatas de pleno derecho a mediados del siglo IV)— y dos mil aqueos contratados como mercenarios por los focidios acompañaron a los cinco mil infantes y cuatrocientos caballeros atenienses bajo las órdenes de Nausicles en el desfiladero de las Termópilas para hacer desistir a Filipo de atravesar el

50. D. Stewart, 2018, p. 386 llega a hablar de una monarquía de facto, más de un siglo anterior a que la hiciera realidad Cleómenes III.

51. J. R. Ellis, 1976, p. 74; E. David, 1981, p. 107; C. D. Hamilton, 1982, p. 65, que apostilla que los mercenarios, con el permiso del rey, serían reclutados en el mercado del Ténaro.

52. J. Buckler, 1989, p. 23; P. A. Cartledge y A. Spawforth, 1989, pp. 10-11.

53. Sobre las intenciones reales de Isócrates en esta carta y en su discurso *Arquidamo* (VI), una década antes, véase ahora C. Bouchet, 2014, pp. 60-68, con la bibliografía anterior.

estratégico paso tras su victoria sobre las huestes focidias en la batalla del Campo del Azafrán (Diod. Sic. 16.37.2-3 y 38.1; Just. *Epit.* 8.2.8; Dem. 19.84 y 319). Aunque sólo fuera en el plano simbólico, con Arquidamo reencarnando a Leónidas, Esparta volvía a estar en primera línea de la defensa de Grecia frente a un rey invasor. Porque en realidad esta colaboración espartana con los focidios fue más testimonial que otra cosa, primero porque la piadosa Esparta no vio con buenos ojos el expolio focidio de los tesoros délficos, pero más importante aún es que sus problemas prioritarios en política exterior estaban en el Peloponeso, su tradicional ámbito de influencia y antaño epicentro de su imperio, y sobre todo en Mesene y Megalópolis. Contra ellas y contra Argos, que contaron con el apoyo de un contingente tebano, emprenderá Esparta en 352 y 351 una serie de estériles campañas dirigidas por el rey Arquidamo y su hijo Agis –futuro Agis III– que no llevaron variación alguna al tablero geopolítico de la península (Diod. Sic. 16.39.1-7),³⁴ pero generaron alarma en un Demóstenes que ya en el discurso *En defensa de los megalopolitanos*, pronunciado en 353, clamaba por que Atenas no debía ayudar a sojuzgar de nuevo a Mesenia, pues es justo que ésta fuera libre (Dem. 16.9, 12, 25). Por el momento la isla de Pélope seguía sin dueño y más fragmentada que nunca.

La figura de Arquidamo emergerá de nuevo en 346, en los preparativos militares que, conjugados con las iniciativas diplomáticas, precedieron a la firma de la Paz de Filócrates. A requerimiento de los focidios, que vivían ya entonces una situación de *stásis*, el rey lideró un contingente de un millar de hoplitas que junto a otro ateniense mandado por Próxeno iban a defender Alpono, Tronio y Nicea, enclaves estratégicos de acceso al paso de las Termópilas. Sin embargo, la facción focidia en el poder se vio incapaz de deponer, bajo el cargo de sacrilegio, a su general Faleco, a quien respaldaban ocho mil fieles *μισθοφόροι*. Faleco arrestó a los embajadores del nuevo gobierno focidio y se negó a entregar el desfiladero a atenienses y espartanos, de modo que Arquidamo y sus mil fueron despedidos a su llegada a Nicea con el alegato de que temían más los peligros que llegaban de Esparta que los de su patria, en alusión a posibles ambiciones espartanas (Aeschin. 2.133-135; Dem. 19.76-77 dice que los espartanos retrocedieron al darse cuenta de que Filippo les tendía una trampa; cf. también Diod. Sic. 16.59.1). Faleco negoció una tregua con Filippo por la cual entregó las plazas a cambio de poder partir para el Pelopo-

34. C. D. Hamilton, 1982 personaliza sus críticas en Arquidamo, en lo que estima una política exterior reduccionista, obcecada con Mesene y Megalópolis e incapaz de tener una visión más amplia de lo que se estaba jugando en Grecia, una política desastrosa, según él, que habría de ofrecer a Filippo la clave del control del Peloponeso. Por el contrario, para J. Buckler, 1989, pp. 89-91 ésta fue la campaña más exitosa de Esparta en una década.

neso con sus mercenarios exentos de toda acusación por sacrilegio; con efecto inmediato las autoridades focidias se rindieron al Macedonio (Diod. Sic. 16.59.2-4).

Vencedor y principal beneficiario de una guerra sagrada clausurada por la Paz de Filócrates (346), Filipo se garantiza la complacencia de la mayoría de los Estados peloponésicos: mesenios, eleos, argivos y arcadios, que a su vez se verán consolados y atendidos diplomática, pero no militarmente en sus reivindicaciones territoriales contra Esparta (Dem. 5.18-19; 6.9 y 26-27; 19.260-261 y 294; Just. *Epit.* 8.2.3-7). En lo que toca a esta última, aliada de la derrotada Fócide, el nuevo árbitro de los asuntos griegos refrendará la independencia de Mesenia (Isoc. 5.74; Dem. 6.13; Paus. 4.28.2), aunque es más dudoso que llegara a expulsar a Esparta del Consejo Anfictiónico, como implica Pausanias en otro pasaje (10.8.2) que parece contradecir el recuerdo epigráfico de dos lacedemonios en la junta de *ναοποιοί* délficos de 345 (*SIG*³ 241B, 1.76-77).³⁵ Desde luego Atenas no lo fue, y también había sido aliada de los «saqueadores de templos» focidios. Tampoco sabemos que se le impusiera una sanción o fuera obligada a pagar aquella anterior tan exorbitante. La Anfictionía délfica y sus órganos rectores son asimismo reflejo de las conexiones peloponésicas de Filipo tras la Guerra Sagrada: los argivos ven fortalecida su posición, mientras mesenios y megalopolitanos solicitan su entrada en 346/5 (*SIG*³ 224), probablemente buscando protección contra Esparta, y aunque en este último caso su intento no se vio coronado por el éxito, recibieron sin embargo el extraño título de «evérgetas del dios y de los anfictiones», único de esta clase concedido a ciudades;³⁶ sea como fuere, desde ese año Esparta no se arroga el segundo voto de los dorios, como venía haciendo desde la centuria anterior, sino que será ejercido por turnos por diferentes Estados dorios.³⁷ El argumento de la *Segunda Filípica* demosténica (2-3), que tiene a las *Filípicas* de Teopompo como fuente, describe a mesenios y argivos como aliados de Filipo que envían embajadas a Atenas para protestar porque ésta simpatiza y aplaude a unos lacedemonios que «están esclavizando el Peloponeso»; al final se precisó de la amenaza de intervención de Filipo para que Esparta depusiera su agresividad hacia Mesenia (13, 15). Otro discurso demosténico, *Sobre la embajada fraudulenta* (294-295), presenta como esencial la intervención de «los que trabajan para la causa de Filipo» en las luchas

35. El Periegeta pudo confundir una resolución con una proposición de expulsión, o bien los lacedemonios fueron readmitidos poco después (cf. P. Sánchez, 2001, pp. 209-210, con la literatura moderna).

36. C. Grandjean, 2003, p. 68; N. Luraghi, 2008, pp. 254-255. Para F. Lefèvre, 1998, pp. 96, 167 el rechazo significaba que la Anfictionía conservaba una cierta autonomía con respecto a Filipo.

37. J. R. Ellis, 1976, p. 134.

intestinas que padecen Elis, Mégara y las ciudades arcadias, *stáseis* que fueron horadando el poder de Esparta en el Peloponeso, donde apenas contaba ya como aliados con los corintios y los aqueos. Años después, en *Sobre la corona* (64), Demóstenes arremetería de nuevo contra arcadios, argivos y mesenios, cuyo interés por sacar ventaja les había llevado, según el orador, a desentenderse de los acontecimientos que condujeron al sometimiento de Grecia, es decir, a no estar presentes en la batalla de Queronea.³⁸

Tampoco hubo lacedemonios entre las fuerzas integrantes de la amplia coalición que en 338 se midió a Filipo en tierras beocias. Diodoro (16.88.3-4) nos dice que ese mismo día de agosto y a la misma hora –sorprendente y quizá forzado sincronismo– el rey espartano Arquidamo III moría en Manduria, en el área de Tarento, mientras luchaba contra los mesapios en calidad de *ξενικός στρατηγός* de los tarentinos y poco después sus mercenarios, que habían participado en el saqueo de Delfos durante la Tercera Guerra Sagrada, eran exterminados por los lucanos (Diod. Sic. 16.62.4-63.2; Plut. *Agis* 3.3).³⁹ El cadáver de Arquidamo no pudo ser recuperado pese a la elevada suma de dinero ofrecida por los tarentinos a sus enemigos (Theopomp. *FGrH* 115 F232, *apud* Ath. 536d), de modo que quedó insepulto en tierra extraña, privado de los funerales majestuosos y heroicos que se tributaba a los reyes en Esparta.⁴⁰ Las fuentes, siempre moralizantes, denotan que tal final fue el castigo o la retribución divina por su implicación en la *ἱεροσυλία* focidia en Delfos.⁴¹

Más allá de los lazos afectivos entre colonia y metrópoli y de la recuperación de prestigio entre los griegos occidentales, posiblemente los intereses espartanos en el sur de Italia se redujeran más al intento de recaudar fondos para las arcas del Estado que al afán de enriquecimiento de sus protagonistas, como da a entender maliciosamente Teopompo cuando dice que Arquidamo, guiado por su *ἀκρασία*, «incontinencia», pretendía escabullirse de las severas

38. A comienzos de la década de 340, en *Leyes*, Platón había acusado primero a Témeno y Cresfonte, reyes de Argos y Mesene, de corromper la *basileía* heraclida y romper la unidad doria (685a-686c), para después, a propósito de las Guerras Médicas, criticar a los mesenios por debilitar el esfuerzo espartano en la defensa de la Hélade y a los argivos por su política filobárbara (692d-e).

39. Para la expedición de Arquidamo en apoyo de los tarentinos, cf. M. Nafissi, 2004 y M. Bettalli, 2013, pp. 169-171.

40. Que Arquidamo III fuera el único rey en no tener tumba habría sido la razón por la que los espartanos enviaron una estatua (*εἰδωλον*) suya a Olimpia, como caso insólito según Pausanias (6.4.9; cf. Ath. 591b, basado en Alcetas, para otra estatua en Delfos, situada junto a la de Filipo II).

41. Según M. Nafissi, 2004, pp. 184-186, ésta sería también la finalidad didáctica y teológica del sincronismo intencionado de Diodoro al contraponer a los dos heraclidas, Filipo y Arquidamo.

costumbres patrias (*FGrH* 115 F232 *apud* Ath. 536c);⁴² éstos u otros motivos se vieron en cualquier caso como insuficientes por una historiografía que en el siglo XIX y la primera mitad del XX censuró la aparente desidia exhibida por Esparta en «la defensa de la Hélade», ideal de impronta demosténica. Desde entonces algunos autores han pretextado que Agis, a quien Arquidamo había dejado como regente, era demasiado joven y posiblemente sin la autoridad suficiente como para contrarrestar la política de ultramar de su padre e implicar a la oligarquía espartiatá en la guerra contra Macedonia,⁴³ mientras otros han visto un intento de rehuir el choque contra unos macedonios que combaten ahora a los tebanos y, sobre todo, de buscar nuevos aliados en la Magna Grecia para construir una nueva alianza que reemplazara a la Liga del Peloponeso,⁴⁴ pero tal vez no haya otra explicación más que la natural despreocupación espartana por los acontecimientos que tenían lugar al norte del istmo de Corinto, de la que habían dado varias muestras en el pasado.⁴⁵

En otoño de ese año 338 Filipo penetró en el Peloponeso, invitado por sus aliados allí y no como un invasor, en palabras de un Polibio (9.33.8-9; 18.14.5-6) interesado en impugnar el argumentario demosténico desde una perspectiva que ve en los líderes de estos Estados honestos patriotas y defensores de la libertad en lugar de los traidores corrompidos por el rey que eran para el orador de Peania. Para el historiador de Megalópolis la libertad de su *pólis*, como la de Mesene o la de Argos, sólo puede existir y mantenerse en detrimento de Esparta y con el respaldo de una potencia hegemónica (antes Tebas, ahora Macedonia). Ciudades como Argos, Mantinea o Megalópolis aclamaron a Filipo y pusieron su nombre a lugares y/o monumentos (Plut. *Mor.* 760a-b; Paus. 8.7.4 y 30.6; *SEG* 48.521); Elis le erigió una estatua ecuestre (Paus. 6.11.1) y permitió que el monarca levantara un Filipeo en Olimpia, del que hoy quedan tres columnas jónicas y parte del entablamento (Paus. 5.20.9-10); en Mesene reconstruyó sus defensas (Str. 8.6.8). De las que le habían combatido en Queronea, sabemos por el *Contra Atenógenes* de Hiperides (29-35) y el *Contra Leócrates* de Licurgo (42) que Trecén sufrió *stásis* y cambio de gobierno en favor de los promacedonios, instigados por el argivo Mnasia, con los exiliados siendo acogidos en Atenas y recibiendo la ciudadanía; también megarenses y corintios recibieron regímenes filomacedonios (Ael. *VH* 6.1), y los segundos además una guarnición macedonia en el Acrocorinto debido a que su excepcional localización geoestratégica lo convertía en la lla-

42. Sobre el *tópos* de la *τροπή* de los *condottieri* espartanos en Occidente, véase F. Landucci, 2004, pp. 179-181.

43. E. Badian, 1967, pp. 171-172; C. D. Hamilton, 1982, p. 81.

44. J. Christien, 2006, p. 177 y 2009, p. 247; D. Stewart, 2018, p. 385.

45. L. J. Piper, 1986, p. 7; P. A. Cartledge y A. Spawforth, 1989, p. 13.

ve del Peloponeso y uno de los «grilletes» de Grecia (Polyb. 38.3.3; Plut. *Arat.* 23.4);⁴⁶ se rindieron asimismo los aqueos (Ael. *VH* 6.1), que perdieron Nau-pacto, al otro lado del golfo de Corinto, en beneficio de los etolios (Dem. 9.34; Theopomp. *FGrH* 115 F235), si bien la liga no fue disuelta y no hay noticia de *stáseis* en el interior de sus ciudades.⁴⁷

Pero los espartanos estaban dispuestos a encarar y resistir a quien Diodoro definiera como «el más grande de los reyes de Europa» (16.95.1), así que rehusaron cualquier tipo de imposición y se negaron a abrirle las puertas de la ciudad cuando trabó contacto con ellos desde Corinto o Argos, como recogen toda una serie de máximas pseudohistóricas y pseudofilosóficas sobre su coraje e irreductibilidad que son producto del *mirage* espartiatia y no demuestran sino la hostilidad y el entendimiento imposible entre macedonios y lacedemonios. La respuesta de Filipo fue invadir y devastar Laconia con el apoyo de sus aliados peloponésicos: argivos, arcadios y mesenios, a los que se sumaron también los eleos (Polyb. 9.28.6-7; 9.35.9-12; Paus. 3.24.6; 5.4.9; 7.10.3). Como Epaminondas en el pasado, el Macedonio no quiso o no necesitó conquistar la propia ciudad de Esparta, pero sí la privó de buena parte de su territorio: Megalópolis recibió la Belminátide, la Egítide —si esta última no estaba ya en su poder— y puede que la Escirítide occidental, Tegea la Escirítide —si no en su totalidad, al menos la parte oriental— y la Cariátide, Argos la ansiada Cinuria —hay dudas si también el litoral este del Parnón— y a Mesene le correspondió la Denteliátide y una parte de la costa del golfo oriental de Laconia (Polyb. 9.28.6-7; 18.14.6-7; Theopomp. *FGrH* 115 F238; Arist. fr. 611 Rose; Liv. 38.34.8; Tac. *Ann.* 4.43.2-3; Paus. 2.20.1 y 38.5; 7.11.1-2; 8.35.4).⁴⁸ Tal rediseño de fronteras históricas entre los Estados del Peloponeso, dorios o no, fue llevado a cabo a comienzos de 337 en virtud de la tradición de los Heraclidas, convertida desde entonces en fuente de derecho para ulteriores querellas y reajustes geopolíticos en época helenística y romana.⁴⁹ No debe olvidarse que, en tanto miembro de la casa real argéada, Filipo era descendiente de Témeno y, de ahí, de Heracles y Zeus (Paus. 3.3.2-3), lo cual le emparentaba también con los diarcas espartanos.⁵⁰ Se suele admitir que la Liga de Corinto dio carta de legitimidad a la decisión *de facto* de Filipo.⁵¹ Con

46. M. D. Dixon, 2014, pp. 21-22, 27-29.

47. K. Roebuck, 1948, pp. 83-84.

48. En última instancia, I. Kralli, 2017, pp. 59-68.

49. M. Piérart, 2007. Es objeto de debate en la historiografía moderna si Filipo siguió para ello los *δικαιώματα* aristotélicos, encargados por el monarca macedonio pero, según Diog. Laert. 5.26, no «publicados» hasta época de Alejandro.

50. F. Landucci, 2008 y 2013a, pp. 265-268.

51. Cf. I. Kralli, 2017, pp. 61-62 con n. 52, que recoge la literatura y el debate científico.

estas regiones desgajadas de Laconia que los macedonios pusieron en manos de sus aliados se configuraba una suerte de cinturón de seguridad o cordón sanitario en torno a Esparta.⁵²

A las gravísimas consecuencias geopolíticas, cabe añadir las económicas, dado que el Estado espartano se veía constreñido al territorio «madre», el enmarcado por los macizos montañosos del Parnón y el Taigeto, esto es, el valle de Eurotas —la única tierra verdaderamente fértil—, la península de Mani —escasamente productiva, pero con el importante puerto de Gitio— y la península de Malea, rica en mineral de hierro.⁵³ Se avanzaba en la plutocracia, en el incremento en las diferencias socioeconómicas y estatutarias en el cuerpo cívico y en la degradación institucional,⁵⁴ hasta que a mediados del siglo III se alcance una situación límite que los reyes Agis IV y Cleómenes III intentaron vanamente revertir con reformas atávicas que devolvieran a Esparta el pasado esplendor.⁵⁵ Pero para Polibio «el Peloponeso respiraba ahora libremente y las ciudades pudieron prosperar con los territorios arrebatados a Esparta» (18.14.6-7).

Haciendo gala de un gran pragmatismo geopolítico, Filipo había aprovechado la hostilidad generalizada de los Estados peloponésicos hacia su otrora *hegemon* para dañar sensible e irremisiblemente a Esparta sin necesidad de aniquilarla, porque manteniendo viva a la segunda tendría en alerta y bien dispuestos a los primeros, eso sí, minimizando los riesgos de un muy hipotético resurgimiento lacedemonio. Pese al brutal daño sufrido, la sociedad lacedemonia generó una tradición popular que atribuía a la ayuda divina la salvación del Estado, cuyos ecos se vislumbran apenas dos generaciones después en Isilo, poeta epidaurio que cantaba en sus peanes los milagros de Asclepio: invocado por los espartanos, el dios habría evitado que Filipo destruyera la diarquía y las instituciones licurgueas, o lo que es lo mismo, la Esparta ancestral, razón por la cual se instituyó la fiesta de Asclepio Soter (*IG IV²* 1.128, ll. 57-79).⁵⁶

Pasada la invasión, Esparta permanece aislada políticamente, sin reconocer la hegemonía macedonia y sin renunciar jurídicamente a los territorios amputados, Mesenia incluida, siendo el único Estado que no se adhirió a la

52. J. R. Ellis, 1976, p. 204 comenta que «Grecia se hacía inaccesible para los espartanos»; cf. también I. Worthington, 2014, p. 99.

53. P. A. Cartledge y A. Spawforth, 1989, p. 15.

54. S. Hodkinson, 2000, pp. 432-440.

55. Sobre estos problemas, véase ahora C. Fornis, 2015.

56. Véase F. Landucci, 2013a, pp. 274-279, que recoge otros contextos e interpretaciones, poco o nada plausibles, que se han dado a la inscripción (dado que el epígrafe sólo dice Filipo, se han propuesto también Filipo III Arrideo y Filipo V).

Liga de Corinto fundada por Filipo, con el argumento de que era servidumbre y no paz lo que se les ofrecía (Just. *Epit.* 9.5.3; cf. Plut. *Mor.* 240a); algo semejante contestarían a su sucesor Alejandro acerca de su ambicioso proyecto asiático: «sus tradiciones no les permitían seguir a otros, sino conducirlos» (Arr. *Anab.* 1.1.2; cf. Str. 8.5.5). De ese aislacionismo nos habla igualmente la inscripción que acompañaba el envío que hizo el Magno a Atenas de trescientas panoplias para ser ofrendadas a Atenea en conmemoración de la batalla de Gránico: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos —excepto los lacedemonios— [dedicaron estos expolios] de los bárbaros que habitan Asia» (Arr. *Anab.* 1.16.7; Plut. *Alex.* 16.18), con lo que se excluía expresamente a los espartanos de esta «hazaña panhelénica».⁵⁷ Ni padre ni hijo necesitaron de los espartanos.

Esparta abandonaría su situación de aislamiento al aprovechar el rey euripóntida Agis III la campaña asiática de Alejandro para liderar en 333 un intento de revuelta en el Peloponeso contra Antípatro, a quien el monarca macedonio había dejado al cuidado de los asuntos griegos. La primera medida de Agis fue dirigirse al rey aqueménida Darío III en busca de fondos que financiasen la guerra de liberación, pero todo lo que consiguió fueron treinta talentos de plata y diez trieres, si bien es cierto que el avance imparable de Alejandro en Asia hizo imposible una cooperación continua y estable con los persas. Estos recursos fueron rápidamente empleados, junto a una fuerza de ocho mil mercenarios griegos provenientes del derrotado ejército de Darío en Isos, en la conquista y posterior establecimiento de guarniciones en diferentes ciudades promacedonias de Creta. Aunque finalmente la isla quedó por completo bajo el control de Agis, la defección de la flota persa al lado de Alejandro en 332 restó valor estratégico a la campaña del rey espartano, el cual regresará a Esparta para promover desde allí el movimiento de resistencia a Macedonia en el Peloponeso (Diod. Sic. 17.48.1-2; Curt. 4.1.38-40).

Mientras Antípatro sofocaba en Tracia la revuelta acaudillada por Memnón, antiguo gobernador nombrado por Alejandro, otra fue creciendo en el Peloponeso, aglutinando bajo el liderazgo espartano y con ayuda de mercenarios pagados por el dinero persa a aquellos Estados que no se habían beneficiado de la amistad y las prebendas territoriales de los macedonios. Según el testimonio contemporáneo de Esquines (3.65), esos aliados de Esparta fueron las ciudades eleas, las ciudades aqueas excepto Pelene y las ciudades arcadias excepto Megalópolis; otras fuentes presentan ciertas variaciones: Dinarco (1.34) menciona sólo a eleos y aqueos, Curcio (6.1.20) añade a éstos los tegeatas de entre los arcadios y Diodoro (17.62.7) habla de «la mayoría de los pelo-

57. I. Monti, 2009.

ponesios»; quedaban fuera argivos, mesenios y megalopolitanos, tradicionalmente hostiles a los espartanos y favorecidos por los macedonios, y unos corintios maniatados por la guarnición instalada por Filippo II en el Acrocrinto.⁵⁸ En rigor, desde la óptica espartana no se trataba propiamente de una revuelta, ya que Esparta no era aliada o súbdita de Macedonia, y es preferible hablar de movimiento antimacedonio. Por lo general se tiende a ver este conflicto como una lucha desesperada, y hasta cierto punto insensata, en pos de la libertad perdida ante los macedonios,⁵⁹ un consenso roto por Franca Landucci, que ve en Agis un *condottiero* más, con unos objetivos más modestos, más interesados y menos heroicos: recuperar los territorios perdidos en el Peloponeso para proveer de tierras a los espartanos regresados tras la batalla de Isos.⁶⁰ En la primavera de 330, de acuerdo con la hoy día mucho más aceptada cronología baja asentada en Diodoro y Justino y reforzada con el coetáneo Esquines,⁶¹ frente al otoño de 331 que postulaba la cronología alta dependiente de Q. Curcio Rufo,⁶² tuvo lugar cerca de Megalópolis el decisivo y desigual enfrentamiento contra el ejército macedonio de Antípatro: unos veintidós mil peloponesios contra unos cuarenta mil macedonios, lo que la convierte en la mayor batalla en suelo griego desde Platea, por más que Alejandro la definiera como una *μομαχία*, una «batalla de ratones» (Plut. *Ages.* 15.5). La coalición peloponésica fue derrotada y el propio Agis perdió la vida (Aesch. 3.254; Diod. Sic. 17.62.4-63.4; Curt. 6.1.1-17; Just. *Epit.* 12.1.4-11; Paus. 3.10.5).

Al igual que sucediera en Leuctra, las numerosas bajas en el campo de batalla —cinco mil trescientos entre lacedemonios y aliados, muchos de los cuales serían periecos laconios— compelieron a la oligarquía espartana, pese a la oposición de la casa real euripóntida, a no aplicar tampoco esta vez la vieja ley que castigaba a los supervivientes con la *ἀτιμία*, la pérdida de derechos (Diod. Sic. 19.70.4-5). No hubo, empero, represalias de los macedonios contra Esparta, al menos del grado de las sufridas por eleos, aqueos y tegeatas, que como miembros de la Liga de Corinto y signatarios de la paz común fueron castigados como rebeldes por el *συνήδριον* de la liga.⁶³ La única medida adoptada por Antípatro fue la de tomar como rehenes a medio centenar de entre

58. Sobre los miembros de la alianza y sus razones, véase E. I. McQueen, 1978, pp. 40-51 y, más recientemente, I. Kralli, 2017, pp. 70-75.

59. Así E. Badian, 1967, pp. 181-184; P. A. Cartledge y A. Spawforth, 1989, pp. 20-24.

60. F. Landucci, 2004, pp. 181-188.

61. Cf. G. L. Cawkwell, 1969, pp. 170-171 con n. 6; R. A. Lock, 1972; A. B. Bosworth, 1975; E. Badian, 1994, pp. 272-277 (rectificando la posición mantenida en 1967, pp. 191-192); I. Kralli, 2017, p. 74; G. Shipley, 2018, p. 43.

62. E. N. Borza, 1971; E. I. McQueen, 1978, pp. 40, 55.

63. E. I. McQueen, 1978, pp. 52-58.

los espartiatas más distinguidos, lo que condicionará la futura línea de actuación lacedemonia (Diod. Sic. 17.73.5-6; Curt. 6.1.19-20; Plut. *Mor.* 235b). Ni Esparta ni el resto del Peloponeso dieron ulteriores muestras de agitación hasta la muerte de Alejandro en 323. Y Esparta ni siquiera mostraría alguna actividad en política exterior en el siguiente medio siglo. Así, se ha dicho que «si Leuctra había reducido a Esparta al estatus de un poder de segunda fila en Grecia, Megalópolis la había convertido en uno de tercera»;⁶⁴ nosotros podríamos añadir que Mantinea marcó un conspicuo jalón en este particular descenso a los infiernos.

64. P. A. Cartledge y A. Spawforth, 1989, p. 23; cf. también B. Shimron, 1972, p. 4 y E. David, 1981, pp. 115-116. Mucho menos taxativa es la valoración de G. Shipley, 2018, pp. 36, 43.